

CUENTO N° 154

TÍTULO: LA CHICA DE CANNES

SEUDÓNIMO: IGNOTUS

AUTOR: GONZALO PEDRO ALVAREZ URQUIDI

La chica de Cannes

Corría la primera mitad de los cincuenta. Sería la última vacación larga que tendría. La idea de ir a Cannes, en el sur de Francia, había nacido no hacía mucho. Había una sede de la Université de Aix-en-Provence en Cannes y se ofrecían cursos de lengua y literatura francesa. Lloro la pérdida de esos apuntes hasta el día de hoy, como también el del curso de Étnica. Ese era el foco de mi mayor interés. Y de él recuerdo solamente que los dos pueblos que más dificultades tienen en aprender lenguas extranjeras son el español y el inglés. Los asistentes se alojaban en los dormitorios de escuelas públicas, pero ese alumnado estaba ahora en vacaciones. Había un sector de la playa reservado para nosotros los del curso y a él llegábamos, varones y mujeres. Los únicos sudamericanos éramos dos colombianas, y yo. También era yo el único venido de Inglaterra. Tenía buen oído y hablaba de corrido francés e italiano, este último aprendido en el Instituto anglo-italiano en Londres. El francés lo aprendí en el colegio. Me gustaba mucho la rutina diaria: clases en la mañana, playa en la tarde, y por las noches muchos íbamos a una especie de cabaret, propiedad de una pareja de norteamericanos. Se llamaba el New Yorker. Todo muy satisfactorio, el amor surgía por todos lados.

Un día, tirado de guata en la playa, charlaba con un par de chicas italianas de las que me había hecho amigo. De pronto llegó una motoneta conducida por un muchachito que supuse era el hermano menor de la pasajera. Esta última caminó lentamente a la bajada de la playa. La descripción que doy de ella creo que no le hace justicia y mucho lamento no poder hacerlo mejor. De largo cabello color oro cobrizo, ojos que estoy casi cierto eran de color café claro, cuerpo al estilo de diosa griega, como el que uno ve en el Museo del Louvre, y un bikini celeste. Las zapatillas que se llamaban *espadrilles* pero no

recuerdo si ella las tenía. No sé si estoy adornando algo que sucedió realmente, o si fue tal cual.

Como fuere, ella descendió la escalera hasta la playa. Su actitud era de arrogancia, la que muy posteriormente me sugirió una reina de Francia, p.ej. una Medici, esposa de algún Luis. Y yo (deslumbrado sería el adjetivo, que resulta algo pedestre, pero es el único que se me ocurre para describir lo que sentí en ese momento), deslumbrado, digo, la vi avanzar para sentarse sobre sus piernas cruzadas, enfrentándome.

Sacó un periódico de no sé dónde, pero sí recuerdo que era parisino. Le Monde tal vez. Me miró y sin ceremonia me dijo, en francés, que sabía que yo hablaba italiano y que quería que yo se lo enseñara. No supe hasta años después que aprender un idioma es una cosa, traducirlo sobre la marcha es otra. Pero aquí la tarea era fácil: yo elegía una palabra que me acomodaba y que conocía en ambos idiomas. No llegó muy lejos la clase, porque ella a poco andar se paró bruscamente y subió donde la esperaba su hermano. Partieron, y yo no sabía ni su nombre.

Esto se repitió por varios días hasta que luego de una de esas especies de clases me dijo que se iba a París. Nunca llegamos ni siquiera a ir al mar juntos a mojarnos los pies por último. Eso sí, consintió ese día en decirme su nombre y darme su dirección con número de teléfono en Paris.

A comienzos de ese año, 1953, hubo una feroz huelga general en Francia. No era chiste el asunto. Se paralizaron todos los servicios públicos. Yo tenía que llegar a Londres pronto porque comenzarían las clases. No recuerdo con precisión fechas pero sí recuerdo que se me acabó la plata.

Quien sabe cómo mi padre se las arregló para hacerme llegar una suma, ni grande ni chica. Yo tenía la estadía pagada, no así el encantador bolichito, el New Yorker, donde iba todas las noches convidando a alguna chica. Me daban un trago, a mí y a ella gratis, con la condición de que yo diera la bienvenida a los clientes en cuatro idiomas. Los había de todos lados. Un buen día atracó la Sexta o Séptima Flota, no sé si en Niza, lo más probable, o dónde. Pero la cosa es que el New Yorker se llenó de marinería norteamericana. Por suerte esto duró poco, quizá porque la flota tenía que zarpar o porque se aburrían en el New Yorker.

Un amigo español, que guitarreaba por las noches en este lugar, cuando llevábamos alrededor de un mes en Cannes, conoció a una persona que se iba a París en su auto vacío y que dijo estar feliz de llevarnos a cambio de una suma razonable. Ya en París pude arreglármelas para llegar a Londres con un atraso que no fue ni notado. Lo que no pude sacarme de la cabeza fue el recuerdo de la chica del bikini celeste. Nunca me tragué el cuento de que quería aprender italiano y mucho menos pude, nunca, sospechar por qué me eligió a mí.